



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 31 (2025)

ADELA Y MATILDE. MEMORIAS POSIMPERIALES, PANHISPANISMO Y HUMANITARISMO LIBERAL EN UNA NOVELA ROMÁNTICA (1843)

Rodrigo ESCRIBANO ROCA¹

(Grupo de Estudios Asia-Pacífico,

Departamento de Historia Internacional y Global,

CSIC y Centro de Estudios Americanos, Universidad Adolfo Ibáñez)

<https://orcid.org/0000-0002-6405-7191>

Recibido: 10-10-2024 / Revisado: 12-1-2025

Aceptado: 10-12-2024 / Publicado: 10-9-2025

RESUMEN: El artículo ofrece un análisis historiográfico de la novela *Adela y Matilde o los últimos cinco años de la dominación española en el Perú*, una ficción romántica que tuvo por objeto intervenir en los debates políticos en torno al pasado imperial de la España isabelina. Mi análisis reflejará cómo su autor, el coronel Ramón Soler, concibió su obra atendiendo a tres objetivos. En primer lugar, se propuso la reivindicación del honor personal y grupal de los militares realistas que habían participado de la guerra independentista de Perú y que, a lo largo de la Regencia de Espartero (1840-1843) y de la Década Moderada (1844-1854), fueron vilipendiados por parte de la propaganda liberal-conservadora como los culpables del cisma imperial. En segundo lugar, la novela se postuló como un verdadero ejercicio de pensamiento político. Soler tuvo el afán de defender los principios ideológicos del panhispanismo liberal, tamizado aquí por el humanitarismo y la reivindicación de los sujetos femeninos. Por último, y en relación con lo anterior, el relato de Soler sugirió un horizonte contrafactual frustrado, según el cual la transformación transicional del imperio español en una familia de monarquías parlamentarias habría evitado la catastrófica ruptura geopolítica del mundo hispánico. *Adela y Matilde* se situó en un espacio liminal entre la memoria autobiográfica, la literatura y la historiografía, pero con

¹ (rodrigo.escribano@uai.cl). Marie Curie Fellow CSIC. Información sobre sus publicaciones: <https://scholar.google.com/citations?user=sj3zaGEAAAAJ&hl=es>; <https://dialnet.unirioja.es/metricas/investigadores/3875810>. Realizado como parte del proyecto POST-EMPIRE «The political culture of Postimperial Intervention. The case of Spain and the South American Republics of the Pacific (1833-1868)». Entidad financiadora: European Commission, HORIZON EUROPE; Convocatoria: HORIZON-MSCA-2023-PF-01. Tipo: MSCA; Nr.: 101148590. Funded by the European Union. Views and opinions expressed are however those of the author(s) only and do not necessarily reflect those of the European Union or CSIC. Neither the European Union nor the granting authority can be held responsible for them.

el fin de socializar una representación ético-política muy refinada de las dinámicas que habían comportado el declive de los vínculos entre España e Hispanoamérica. También proponía claves para reparar los nexos entre estas.

PALABRAS CLAVE: Memoria posimperial, romanticismo, panhispanismo, liberalismo, novela histórica.

ADELA AND MATILDE. POST-IMPERIAL MEMORIES, PAN-HISPANISM AND LIBERAL HUMANITARIANISM IN A ROMANTIC NOVEL (1843)

ABSTRACT: This article offers a historiographical analysis of the novel *Adela y Matilde o los últimos cinco años de la dominación española en el Perú*, a romantic fiction that aimed to intervene in the political debates surrounding the imperial past of Elizabethan Spain. My analysis will reflect how its author, Colonel Ramón Soler, conceived his work with three objectives. First, he proposed the vindication of the personal and group honour of the royalist soldiers who had participated in the Peruvian War of Independence and who, throughout Espartero's Regency (1840-1843) and the Moderate Decade (1844-1854), were vilified by liberal-conservative propaganda as the culprits of the imperial schism. Secondly, the novel was postulated as an exercise in political thought. Soler was eager to defend the ideological principles of liberal pan-Hispanism, sifted here by humanitarianism and the vindication of female subjects. Finally, Soler's account suggested a frustrated counterfactual horizon, according to which the transitional transformation of the Spanish empire into a family of parliamentary monarchies would have avoided the catastrophic geopolitical rupture of the Hispanic world. *Adela y Matilde* emerged in a liminal space between autobiographical memory, literature and historiography. It socialized highly refined ethical-political representation of the dynamics that had led to the decline of ties between Spain and Latin America. It also proposed keys to repair the links between them.

KEY WORDS: Post-imperial memory, romanticism, pan-Hispanism, liberalism, historical novel.

INTRODUCCIÓN

El primer número del *Boletín del Ejército. Periódico militar oficial*, publicado el 15 de agosto de 1843, les ofreció a sus lectores un folletín cuyo título anunciaba el desarrollo de una trama con protagonistas femeninas: *Adela y Matilde*. Si bien las mujeres no escaseaban como personajes de importancia en la pujante prosa romántica española,² podría resultar extraño que una publicación dedicada a promover la disciplina y la virilidad castrense entre las filas del ejército nacional seleccionase un tema tan poco marcial. Sin embargo, el subtítulo daba una pista de la afinidad que guardaría la narración con el espíritu del *Boletín*: *O los cinco últimos años de guerra en el Perú. Novela histórica original* (Soler, 1843: 2-3).

En efecto, la novela, cuyos fragmentos aparecieron en sucesivas entregas del periódico, se postulaba como una reconstrucción de la última y más cruenta de las contiendas bélicas que habían dado al traste con la dominación española en el continente americano. Su éxito entre los lectores del *Boletín* fue tal que a finales de 1843 se publicó en formato de libro (Soler, 1843). Su autor era el coronel Ramón Soler, militar y escritor de biografía poco conocida. De acuerdo a la bibliografía existente, sabemos que este se integró en el ejército realista de Perú bajo las órdenes del mariscal de campo Gerónimo de Valdés.

² Trabajos que dan cuenta de esto: Ferrús Antón (2004), Poza (2002).

Tras la derrota de las tropas virreinales en Ayacucho (1824) regresó a España, donde en 1833 se sumó a los oficiales que defendieron la implantación del Estado liberal frente a las pretensiones carlistas. Hasta 1848 desarrolló una breve carrera literaria en la que combinó la sátira costumbrista y la novela histórica (Pedraza Jiménez y Rodríguez Cáceres, 1982: 231-233).

Atendiendo a estos escuetos apuntes biográficos, es posible colegir que *Adela y Matilde o los últimos cinco años de la dominación española en el Perú* tenía un fuerte contenido autobiográfico. Su historia se ambientaba, como evidenciaba el título, en los últimos años de la conflagración que había terminado por disolver el virreinato (1819-1824). El narrador seguía los pasos de Ponce e Ibar, dos capitanes españoles del ejército realista. Su otro protagonista era Ramón Escobar, oficial americano que luchaba a las órdenes de José de San Martín. El eje narrativo gravitaba en torno a las relaciones cruzadas de Ponce con la hermana de Ramón, Adela, y del propio Ramón con una joven de familia realista, Matilde. Los amoríos de estas parejas se constituían en símbolo de la posibilidad de conciliación de los contendientes independentistas y españolistas. El desarrollo accidentado de sus romances servía a modo de metaforización del conflicto civil que estaba enfrentando a los habitantes de Perú. En un principio la trama recreaba las violencias de la guerra, pero en un giro argumental transitaba a un momento de esperanza. Este se abría con la proclamación del gobierno constitucional en la España peninsular a comienzos del Trienio Liberal (1820) y de la venida a los Andes de la comisión Abreu, con la consiguiente reunión en Punchauca para tratar de establecer una monarquía peruana independiente en América (1821) (Frasquet Miguel, 2023: 31-54).

El fracaso de la negociación impulsaba un desenlace trágico para las dos parejas, con la continuación de la guerra y la muerte de los dos amantes masculinos por las venganzas personales que seguían a la contienda. Combinando una prosa literaria cargada de simbolismo con un tratamiento analítico del contexto histórico y social que rodeaba la acción de los personajes, esta historia coral exploraba las fronteras entre la ficción, la historiografía y la memoria (Erll, 2012: 425-446; Kingstone, 2017: 21-25).³

Pero, ¿por qué Soler y el *Boletín* consideraron que un relato sobre las guerras de independencia en Hispanoamérica resultaría pertinente y atractivo para los lectores de la España de 1843?, ¿cuáles eran las intenciones políticas del autor en la elección de esta temática y en el modo de desarrollarla?, ¿estaba participando en debates públicos que trascendían lo meramente literario?, ¿qué papel jugó la novela en la forja de la memoria posimperial de la España isabelina y cuáles fueron las ideas, imágenes y arquetipos que contribuyó a socializar?

Tales preguntas nos invitan a abordar *Adela y Matilde* como una ficción romántica que tuvo por objeto intervenir en los debates políticos en torno al pasado imperial de la España isabelina. Explicaremos cómo Soler concibió su obra sobre la base de tres objetivos. En primer lugar, se propuso la reivindicación del honor personal y grupal de los militares realistas que habían participado de la guerra independentista de Perú y que, a lo largo de la Regencia de Espartero (1840-1843) y de la Década Moderada (1844-1854), fueron vilipendiados como los culpables del cisma imperial por parte de la propaganda liberal-conservadora (Moreno Alonso, 2006: 169-215). En segundo lugar, la novela, más allá de sus méritos literarios, pretendió constituirse en un verdadero ejercicio de pensamiento político.⁴ A este respecto, destaca su defensa de los principios ideológicos

³ Astrid Erll y Helen Kingstone explican cómo esta función mnemónica fue habitual en la novelística de la época.

⁴ Sobre las intersecciones entre historiografía, memoria, novela y pensamiento crítico, revisar Jablonka (2016).

del panhispanismo liberal, entendido como una corriente ideológica que aseveró que España y las repúblicas hispanoamericanas conformaban una comunidad posimperial⁵ de intereses, cuya unidad se cimentaba en sus afinidades históricas, raciales y religiosas (Marcilhacy, 2016: 145-174; Van Aken, 1959).⁶ Por último, y en relación con lo anterior, a través de su relato Soler sugería un horizonte contrafactual frustrado, según el cual la transformación transicional del imperio español en una familia de monarquías parlamentarias habría evitado la catastrófica ruptura geopolítica del mundo hispánico. Con ello, el autor se sumó a un grupo de políticos e intelectuales que postularon que el monarquismo constitucional era la receta política que podía revertir la espiral decadentista en la que habían entrado los países de habla hispana tras el fin de las revoluciones liberales atlánticas (Escribano Roca y Viñuela Pérez, 2023: 193-221). Ahora bien, comprobaremos que Soler no se limitó a reproducir los grandes lineamientos argumentativos del militarismo esparterista, el panhispanismo liberal o el monarquismo transatlántico. El escritor empleó su particular combinación entre el romanticismo literario y realismo historicista⁷ para definir una visión muy personal del conflicto imperial, impregnada de pacifismo, cosmopolitismo y admiración por la agencialidad política de los personajes femeninos.

De lo anterior se colige que el presente artículo no emprenderá un análisis basado en los estudios literarios, que por otro lado ya ofrece el magnífico prólogo a la edición de 1991 elaborado por María Pilar Gomis Martí y José Benjamín González Nebot (Soler, 1991 [1843]: 5-32).⁸ Mi intención es desentrañar el rol de *Adela y Matilde* como un objeto transmisor de ideas e imágenes políticas en el contexto argumentativo que configuró los imaginarios transatlánticos⁹ de la España posimperial. A tal efecto, reconstruiré un debate transmedial que nos revela la relación de la novela con toda la panoplia de discursos políticos, ensayísticos, periodísticos, autobiográficos e historiográficos que estaban pugnando por fijar el significado del pasado imperial español y de su súbito final en el continente americano. La prosa histórica de Soler se identifica, así, como un movimiento retórico¹⁰ que participó en una discusión retrospectiva de escala nacional y transatlántica. En esta se dirimieron varios asuntos de importancia pública, como la definición de relaciones de poder grupal —el estatus y la legitimidad de los militares realistas de Perú o «ayacuchos»— y la fijación de identificaciones políticas —España y sus antiguos dominios como comunidad posimperial—. *Adela y Matilde* me permite con ello situarme en la intersección entre la cultura política, la cultura del recuerdo y la cultura imperial de la España isabelina, a la par que me facilita escrutar los arquetipos heroicos y modelos de virilidad y femineidad que se daban cita en estas.

Los estudios ya clásicos del nacionalismo decimonónico español tendieron a aseverar que las independencias hispanoamericanas ocuparon un lugar marginal, si no inexistente, en la elaboración de las identidades políticas y culturales de la España moderna. Estos textos asumieron que, mientras el llamado Desastre del 98 generó un impacto colectivo sin precedentes, la pérdida de los virreinos en la década de 1820 no dejó apenas impronta

⁵ Usamos el término *posimperial* haciendo referencia al conjunto de legados ideológicos, político-económicos y culturales que dejó la ruptura imperial de la Monarquía Católica en las sociedades que se escindieron de la misma. El concepto ha sido empleado para otros espacios (Rothermund, 2015).

⁶ Sirvan estas fuentes para revisar el concepto de panhispanismo, aunque más adelante abundaremos.

⁷ Muy propia de algunas vertientes narrativas del movimiento romántico en España (Alonso, 2015: 433-436).

⁸ A lo largo del artículo utilizaremos esta edición.

⁹ Entendiendo «imaginarios transatlánticos» como el conjunto de representaciones de la realidad político-social que tuvieron como marco espacial de pensamiento el mundo euroamericano. Ver Almeida (2016), Sánchez (2012: 127-144).

¹⁰ A este respecto, asumo la postura analítica contextualista de la Escuela de Cambridge (Gordon, 2014: 32-55; Skinner, 2007: 127-156).

en la sociedad española, por carecer esta de unos esquemas mentales propiamente nacionalizados, que interpretasen la pérdida del imperio en términos comunitarios (Álvarez Junco, 2015; Costeloe, 2011; Boyd, 2000). Varios estudios recientes han desmentido esta premisa, demostrando que la memoria de las independencias hispanoamericanas se consolidó como un campo muy relevante de combate ideológico y construcción identitaria en la España isabelina.¹¹ Ahora bien, la atención a las representaciones culturales de las independencias como parte de una reflexión pública posimperial dista mucho de gozar de un desarrollo historiográfico suficiente.¹² El trabajo que sigue a continuación pretende constituirse en una aportación modesta, que nos ayude a comprender la importancia de las retrospecciones ficcionales de las emancipaciones hispanoamericanas a la hora de vertebrar las culturas políticas del nacionalismo romántico y el hispanismo decimonónico español.

RECONOCIMIENTOS, REGENERACIÓN POSIMPERIAL Y AYACUCHISMO: EL CONTEXTO ARGUMENTATIVO DE LA NOVELA

La derrota del ejército comandado por el virrey La Serna en las serranías de Ayacucho (1824) acabó virtualmente con todo atisbo de dominación española en Sudamérica (Cuño Bonito, 2024). El absolutismo restaurado de Fernando VII trató, sin embargo, de ocultar la gravedad de los hechos, empleando la censura para impedir cualquier tipo de reflexión crítica sobre el cisma imperial (Martínez Riaza, 2019: 183-185). La política oficial de los gabinetes que se sucedieron hasta la muerte del rey consistió en planificar iniciativas —por lo demás frustradas— de reconquista, aunque la mayoría centradas en el más accesible virreinato de Nueva España (Rodríguez Tapia, 2018; Ternavasio, 2021). A efectos de legitimar esta orientación, la prensa oficial elaboró un relato según el cual los responsables de las independencias americanas eran dos: el liberalismo español, que con sus experimentos contractualistas había desarticulado las bases corporativas y monarquistas del sistema imperial; y el republicanismo radical de unas élites locales indianas que habían empleado la revolución como una coartada para favorecer sus ambiciones personalistas de poder (Escribano Roca, 2022: 312-333).

En este contexto, los oficiales que habían salido derrotados de Ayacucho se encontraban en una situación incómoda. Sus enemigos en el seno del ejército¹³ orquestaron una campaña difamatoria que no solo les presentaba como los principales responsables de la pérdida de Perú, sino que les acusaba de haber mostrado su aquiescencia con el proyecto independentista, presuntamente motivados por sus redes masónicas y su constitucionalismo (Quintero, 1996: 101-127). Los militares objeto de estas acusaciones componían una camarilla muy acotada, que se había hecho con los altos cargos del ejército real de Perú tras apoyar la deposición del Marqués de Viluma como virrey y su sustitución por La Serna en el pronunciamiento de Aznapuquio (1821). En efecto, los adalides de La Serna pertenecieron en muchos casos a redes masónicas y mostraron un compromiso explícito con la implantación de un Estado liberal en Europa y América. Los integrantes de este círculo respondían a un perfil más o menos parecido. Pertenecientes a la mesocracia uni-

¹¹ Almarza Villalobos y Landavazo Arias (2021), Moreno Almendral (2021), Escribano Roca (2022), Irisarri Gutiérrez (2023: 169-185), Escribano Roca y Viñuela Pérez (2024: 7-40).

¹² La historia de la historiografía americanista española tampoco ha abordado con intensidad esta cuestión, al haber centrado su foco en la producción de la historia académica, que le prestó más atención al sistema imperial que a las independencias (Vélez, 2007). Por su parte, la historia de la historiografía romántica se ha centrado en mitos y temas de índole peninsular hasta el momento (Andreu Miralles, 2016; Flitter, 2006; Moreno Alonso, 1979).

¹³ Entre ellos destacó el general Joaquín de Pezuela, Marqués de Viluma, que fue depuesto por La Serna de forma irregular.

versitaria, cuando Napoleón invadió la península en 1808 se incorporaron como jóvenes oficiales al ejército resistente, iniciándose aquí su compromiso con la causa constitucional. La primera restauración fernandina de 1814, así como el reformismo aristocratizante y reaccionario que le siguió en el seno de los cuerpos militares, obstruyeron sus posibilidades de ascenso y les pusieron en peligro de ser purgados por su liberalismo. En este contexto, optaron por incorporarse a las expediciones que acudieron a combatir a la causa patriota en los virreinos. Allí estuvieron a salvo de la represión y pudieron ascender. Su apoyo a la Serna les granjeó esto último y les permitió articular una red en la cual se dieron cita la amistad personal, las militancias ideológicas, el espíritu corporativo y, con el tiempo, las clientelas políticas (Pérez Núñez, 2017: 77-102). Tras pasar el período que fue de 1824 a 1833 relegados a posiciones secundarias, el retorno de los liberales, la implantación del Estado constitucional y el estallido de la guerra carlista (1833-1840) les dieron la oportunidad hacerse con el control del ejército nacional, particularmente gracias al ascenso meteórico del general Baldomero Espartero. Este se consolidó como el líder del grupo y, tras aliarse con el partido progresista y forzar la abdicación de la regente María Cristina, accedió él mismo a la Regencia (Pérez Núñez, 2016: 25-53; Shubert, 2018).

De entre aquellos altos mandos que habían luchado con Espartero en Perú, destacaron algunos que tuvieron un marcado protagonismo a lo largo de su regencia: Gerónimo de Valdés, que llegaría a Capitán General de Cuba (Piqueras Arenas, 2009: 273-302); Andrés García Camba, que se desempeñaría como Capitán General de Filipinas y luego como Ministro de Ultramar, Marina y Comercio durante la Regencia (Camba, 1844); José Ramón Rodil, que fue Ministro de Guerra y presidente de Consejo de Ministros —también con Espartero— (DD. AA., 1991: 737); o Antonio Seoane, que había participado en la guerra del Perú hasta 1821 y que prosperó como parlamentario y militar durante el periodo esparterista (Diccionario Biográfico Español, 2008).

Atendiendo a los datos disponibles debemos asumir que Ramón Soler fue un personaje secundario, pero que compartió una buena parte de las coordenadas vitales descritas: participó como joven oficial en la guerra peninsular contra Napoleón, se integró en el ejército virreinal de Perú como oficial de caballería y, merced a su decidido compromiso con el liberalismo, luchó con el ejército isabelino en la guerra civil contra Don Carlos, compartiendo así la suerte de sus antiguos compañeros de armas en ultramar (Pedraza Jiménez y Rodríguez Cáceres, 1982: 231-233).

Ello explica por qué Soler, precisamente a través de *Adela y Matilde*, se inmiscuyó en los debates públicos en torno a las responsabilidades que les tocaban a Espartero y su camarilla militar en la pérdida del virreinato de Perú. La contienda retórica había comenzado inmediatamente después de la derrota ayacuchana (1824) y la vuelta a la península de los oficiales fieles a La Serna. Como ya he indicado, estos se vieron enfrentados a la difamación y a una posible purga por sus militancias liberales en el contexto de represión absolutista que presidió la última parte del reinado de Fernando VII (1823-1833). Fue en este momento cuando comenzó a circular el apodo de «ayacuchos», término despectivo mediante el cual sus enemigos les culparon de entregar el virreinato, condicionados por sus intereses personales y su masonería (Moreno Alonso, 2006: 169-215). Como lo ha explicado Ascensión Martínez Riaza, los integrantes del grupo se vieron obligados a defenderse, articulando un relato que subrayaba su fidelidad al rey y su españolismo. Responsabilizaron de su derrota a la falta de recursos y a las traiciones de algunos militares ajenos a su círculo, como Pedro Antonio de Olañeta. Ahora bien, durante este período la polémica en torno a los «ayacuchos» quedó restringida casi en su totalidad a la esfera de la administración, sin tener resonancia en una opinión pública que se hallaba cercenada por la censura (Martínez Riaza, 2019: 185-214).

La verdadera guerra de memorias llegó más adelante, durante la Regencia de Espartero (1840-1843). El ascenso de este y de su red americana al poder en 1840 les convirtió en acérrimos enemigos del Partido Moderado, que representaba el ala liberal-conservadora del constitucionalismo español. Al fin y al cabo, el esparterismo llegó a la cúspide del Estado gracias a su estrecha alianza con el progresismo y con el movimiento municipalista que se había rebelado contra las reformas centralizadoras de los gobiernos moderados, apoyados por María Cristina (Díaz Marín, 2015). En este contexto, el moderantismo elaboró una estrategia para provocar la caída de Espartero y poner fin a la hegemonía del progresismo. Esta combinó la vía conspirativa con una campaña propagandística orientada a presentar al regente y a sus hombres de confianza como tiranos anticonstitucionales y antipatrióticos (Bahamonde y Martínez, 2015: 128-130). Fue entonces cuando los periódicos afines al Partido Moderado, muy especialmente *El Herald*, *El Castellano* y *El Imparcial* emplearon de forma insistente los conceptos de «ayacuchos» y «ayacuchismo». Entre 1840 y el fin de la regencia esparterista en 1843 publicaron varios artículos en los cuales evocaban la guerra de independencia en Perú con el fin de sostener que Espartero y sus clientes militares eran los grandes responsables del fin del dominio español en Sudamérica. Los escritores del moderantismo subrayaban su apoyo golpista a la deposición del virrey Pezuela en Aznapuquio y su falta de operatividad en la batalla decisiva¹⁴ —que se achacaba a tratos económico-políticos espurios con los independentistas—. El resultado era la composición de una etopeya que representaba a los «ayacuchos» como villanos antiespañoles, cuyos móviles habían sido el personalismo clientelar, el radicalismo masónico y la sed de riquezas.¹⁵

Por supuesto, los medios intelectuales afines al progresismo esparterista¹⁶ no tardaron en reaccionar y, tanto a lo largo de la Regencia como en la subsiguiente década de hegemonía moderada (1844-1854), hicieron lo posible por presentar a los «ayacuchos» como genuinos héroes imperiales de la nación. Periódicos como *El Espectador*, *El Constitucional*, *El Eco del Comercio* o *La Nación* exoneraron a los militares constitucionalistas de cualquier responsabilidad en la enajenación del virreinato. Como alternativa, culparon a las políticas de represión militar con las que el absolutismo había tratado de solventar el desafío independentista¹⁷ a la par que subrayaban cómo, a pesar de los desmanes de la corona, Espartero y sus acólitos habían aguantado varios años de guerra solo a fuerza de lealtad patriótica. Los llamados «ayacuchos» fueron representados como militares españolistas, respetuosos de la institucionalidad, amigos de las libertades populares, defensores de la unidad hispánica y promotores del constitucionalismo racional. La idea era que, tras sostener hasta la extenuación la soberanía imperial española en Perú, habían regresado a la península para hacer triunfar la causa del liberalismo contra el carlismo. Esta condición de héroes imperiales y constitucionales les acreditaba, de acuerdo con esta retórica, para tutelar al Estado liberal desde la Regencia.¹⁸ La misma narrativa se hizo presente en una

¹⁴ Espartero no había participado de la batalla de Ayacucho, pero eso no obstó para que el moderantismo le culpase.

¹⁵ Por ejemplo: «Ayacucho», *El Herald*, 9 de diciembre de 1842, p. 3; «Hechos históricos contemporáneos», *El Castellano*, 9 de diciembre de 1842, p. 2; «Ayacuchismo. Respuesta a El Espectador», *El Herald*, 1 de octubre de 1842, pp. 1-2; «Barcelona 28 de julio», *El Imparcial*, 29 de julio de 1843, p. 1.

¹⁶ Había otro sector del progresismo contrario al excesivo liderazgo de Espartero.

¹⁷ Tal postura no dejaba de ser una falacia, ya que los gobiernos constitucionales españoles también habían aplicado la vía militar.

¹⁸ Por ejemplo: «Remitido», *El Eco del Comercio*, 12 de marzo de 1839, p. 4; «A los periódicos de la Liga», *El Espectador*, 11 de junio de 1843, pp. 3-4; «La Independencia Nacional. Al Duque de la Victoria», *El Constitucional*, 19 de agosto de 1840, p. 1; «Biografía militar del Capitán General del ejército Don Baldomero Espartero», *La Nación, periódico progresista constitucional*, 29 de noviembre de 1851.

serie de libros de contenido biográfico y autobiográfico que los propios «ayacuchos» y sus aliados políticos publicaron a lo largo del período. A este respecto destacaron las memorias de Andrés García Camba (1846) y la biografía de Espartero publicada por el escritor José Segundo Flórez (1844) a instancias del editor Wenceslao Ayguals e Izco, también integrante del círculo de los «ayacuchos».¹⁹

Sea como fuere, el debate en torno al «ayacuchismo» vio cómo los bandos en liza instrumentalizaban el recuerdo público de las guerras de independencia para responder a sus respectivas agendas políticas: o bien la reivindicación del progresismo esparterista o bien su condena. Pero también hubo en juego dinámicas de legitimación grupal e individual, empezando por la de los propios militares que se veían afectados en su honor personal y en su estatus corporativo. La publicación de *Adela y Matilde* se inscribió en esta polémica, de ahí su aparición justo en el zénit del conflicto entre el esparterismo y el moderantismo. Soler empleó abiertamente la novela para celebrar el heroísmo cívico y militar de las tropas realistas en Perú. Según su juicio, la historización de las experiencias de los soldados de ultramar debía servir para demostrar su honor militar, procurándoles de este modo reconocimiento público. El coronel, de hecho, puso estas palabras proféticas en la boca de su protagonista español, Ponce:

La patria será ingrata —reflexiona Ponce— ella despreciará mañana estos laureles que hará marchitar el fétido soplo de la ingratitud; se emancipará por fin este suelo, y el gobierno español mirará únicamente los resultados, sin dar mérito alguno a tan extraordinarios esfuerzos (Soler, 1991 [1843]: 278).

Esta queja con respecto a la ingratitud gubernamental nos sugiere que Soler sufrió en carne propia el ostracismo militar a que las administraciones del reinado de Fernando VII sometieron a algunos «ayacuchos», así como los vilipendios vertidos por el moderantismo durante la regencia esparterista. En los siguientes apartados se pone de manifiesto cómo *Adela y Matilde* se esforzó por presentar a los militares realistas de Perú como a héroes trágicos, que personificaban un modelo específico de virilidad romántica, caracterizada por el amor a lo español, así como por el compromiso con las libertades personales y el progreso de todo el mundo hispánico.

Pero no fue este el único eje argumentativo que recorrió la novela. La retrospectiva mnemónica de Soler contenía dentro de sí reflexiones políticas cuyo objeto trascendía con mucho la legitimación de los «ayacuchos» y sus compañeros de armas. El autor quiso intervenir en el vívido debate sobre las causas que habían detonado la decadencia imperial de España y las independencias hispanoamericanas y sobre la forma que debía adoptar la comunidad posimperial que había emergido de la ruptura. La escritura y publicación de *Adela y Matilde* se produjo, de hecho, en pleno proceso de acercamiento diplomático entre España y las nuevas repúblicas escindidas de la Monarquía (Malamud, 2012: 15-36).

Tras la instalación en el poder de los primeros gabinetes liberales en 1834, el Estado español dio por descartada la idea de la reconquista, que tan pobres resultados les había dado a las administraciones absolutistas. A partir de este punto, una campaña de opinión orquestada por las juntas de comercio de las ciudades portuarias de la península y por la prensa liberal comenzó a reclamar el reconocimiento oficial de las independencias y la firma de tratados de amistad y comercio con los países hispanoamericanos. Las Cortes Constituyentes reunidas en los últimos meses de 1836, de mayoría progresista, le dieron vía libre al gobierno para emprender las negociaciones, abriendo un proceso accidentado

¹⁹ También se publicaron otros relatos memorísticos de menor incidencia (Rodil, 1838).

y dilatado, en el que la Monarquía debió establecer con cada república los términos de su reconexión. La esperanza de los diputados que aprobaron los reconocimientos se cifraba en que el gesto diplomático de España incentivase un clima de afinidad posimperial, potenciando los sentimientos de pertenencia panhispánica y permitiendo que los gobiernos hispanoamericanos le concediesen ciertas ventajas aduaneras al comercio español. También confiaron en que estos se aviniesen a asumir el pago de una parte de las deudas virreinales y a devolverles sus bienes a los realistas que habían caído derrotados en las guerras de independencia (Escribano Roca y Guerrero Oñate, 2022: 205-222; Frassetto Miguel, 2024: 25-44).

Sin embargo, tales anhelos demostraron muy pronto ser ingenuos. Muchos Estados se negaron a firmar los tratados, resistiéndose al pago de la deuda o la concesión de franquicias comerciales. En otros casos, si bien se establecieron relaciones formales, no se logró el grado de penetración económica o de influencia diplomática esperada. A las alturas de 1843 la constatación de este fracaso era palmaria. Los círculos intelectuales del liberalismo debatían con intensidad cuál podía ser la fórmula para regenerar el poder de la Monarquía en sus viejos dominios. Estas diatribas trajeron consigo intensas discusiones históricas, que trataron de dilucidar cuáles habían sido los detonantes reales de las emancipaciones, así como cuáles debieran de haber sido las políticas para evitar el colapso violento que había vivido el sistema virreinal y dar lugar a una comunidad posimperial unida y próspera (Escribano Roca y Guerrero Oñate, 2023: 209-238; Sánchez Andrés y Landavazo Arias, 2021). Como comprobaremos a continuación, Soler tenía mucho que decir al respecto y lo hizo a través de sus personajes literarios.

IMPERIO Y REFORMA: UNA NOVELA EN PRO DEL CONSTITUCIONALISMO PANHISPÁNICO

La pugna ideológica por fijar el significado de las emancipaciones hispanoamericanas canalizó no pocos esfuerzos de las élites político-intelectuales del liberalismo español de las décadas de 1830 y 1840. Los escritores progresistas, moderados y demorrepublicanos definieron sus posturas a partir de una batería de preguntas históricas que tuvieron una gran incidencia en el modo de diagnosticar el presente e imaginar el futuro de mundo hispánico decimonónico: ¿había sido benigno el sistema imperial español?, ¿quiénes eran los actores y fuerzas responsables de su caída?, ¿había sido esta inevitable?, ¿habían existido alternativas a las guerras que habían dado al traste con la unidad hispánica? (Escribano Roca, 2022). Soler no se coartó a la hora de abordar cada una de estas interrogantes. El coronel urdió una visión compleja y original del auge y la caída del imperio, si bien dialogando con las narrativas hilvanadas por el moderantismo, el progresismo y el republicanismo. La representación de las independencias que ofreció *Adela y Matilde* se caracterizó por un declarado constitucionalismo, por un panhispanismo de cuño progresista y pacifista y, a la par, por una visión muy crítica de varios aspectos de la dominación española.

La defensa del constitucionalismo liberal español quedaba más que patente en el discurso de la novela. De hecho, la prosa de Soler emitió un veredicto muy positivo y claro respecto a uno de los temas más polémicos en la memoria imperial del liberalismo: el papel de la política ultramarina de las Cortes de Cádiz y de la Constitución de 1812 en el colapso imperial. Pero antes de explicar la postura del novelista, situémosla en su contexto.

Los tratadistas e ideólogos del absolutismo fernandino, como el Marqués de Valle Santoro (1832) o el diplomático Mariano Torrente (1829: 84-85), habían aseverado que el sistema parlamentario y democrático introducido por las Cortes y la Constitución había disuelto los principios monarquistas, confesionales y corporativos que eran fundamento

de la unidad imperial. El liberalismo español aparecía en sus obras como el culpable primero de las independencias ultramarinas.

Los adalides del liberalismo progresista, como Agustín de Argüelles (1835: 346-359) y José Manuel Vadillo (1830: 36-44), interpretaron, por el contrario, que el intento de crear un Estado nacional parlamentario y garante de los derechos civiles y políticos de todos los súbditos del imperio debía ser tenido por un hito positivo de la historia nacional y universal. La convocatoria de diputados americanos a las Cortes y la sanción de la autonomía municipal no suponían, a su juicio, una ruptura con la tradición hispánica, sino una evolución orgánica de los elementos más democráticos y populares de la misma. Asumían que la viabilidad de aquel experimento de parlamentarismo intercontinental no había podido preservarse por la inercia de las distancias y por la demanda americana de autonomía. Sin embargo, también sugerían que, de no haber suspendido Fernando VII la Constitución en 1812, las Cortes habrían llegado a garantizar una independencia pactada y pacífica de los virreinos. Los intelectuales adeptos al republicanismo democrático, como Eduardo Chao (1851: 531-534) y Pedro Méndez de Vigo (1835: 193-198), secundaron la teoría progresista, sugiriendo que el constitucionalismo español de primera ola era un hito positivo en la evolución de las libertades ciudadanas en todos los países del mundo hispánico.

Las obras histórico-mnemónicas de los líderes del moderantismo, entre las cuales destacaron las de Martínez de la Rosa (1851: 33), Alcalá Galiano (1845: 332-333) y el Conde de Toreno (Queipo de Llano, 1835: 357), optaron por transitar un camino intermedio entre el absolutismo y el progresismo. Consideraron que la Constitución de 1812 era un documento plagado de radicalismo filosófico. Alegaron que, con su concesión excesiva de poderes al parlamento y a los municipios, la carta de Cádiz había disuelto el principio de autoridad monárquica y de unidad imperial. Sin embargo, no consideraban que la alternativa hubiera sido la continuidad del Antiguo Régimen, sino la puesta en práctica de una política de transición posimperial basada en el reformismo gradualista. Con esto los moderados le achacaban la culpa de la pérdida de los virreinos tanto al espíritu excesivamente revolucionario del liberalismo doceañista como al absolutismo reaccionario.

Sea como fuere, todas estas corrientes ideologizadas de interpretación mostraban algunos consensos entre sí, el principal de los cuales fue acusar al grueso de los «criollos» patriotas de haber adoptado la causa revolucionaria solo con miras a satisfacer sus ansias privadas de poder. Prevalció la imagen del líder independentista como un oportunista que, tras haber gozado de los amplios márgenes de autonomía y seguridad que le había reportado el sistema imperial, había optado por aprovechar la debilidad de España en las guerras napoleónicas para improvisar un nuevo orden estatal que le beneficiase. Esta caracterización ayudaba a presentar al revolucionario hispanoamericano como un «otro» y favorecía la legitimación de la violencia realista en las guerras de independencia (Escribano Roca y Viñuela Pérez, 2024: 7-31).

Como he adelantado, *Adela y Matilde* se inmiscuyó de manera contundente en estos debates. A lo largo de la novela el autor, o bien usando la voz del narrador o la de los personajes, defendió en repetidas ocasiones la política ultramarina de las Cortes de Cádiz y la aplicación de la Constitución de 1812. La *Pepa* aparecía como un instrumento que había garantizado momentáneamente las libertades civiles de los súbditos ultramarinos y que había logrado minar a los poderes absolutos que oprimían a América desde los ámbitos corrompidos de la iglesia indiana y las administraciones virreinales (Soler, 1991 [1843]: 258).

Con ello el escritor se sumaba a la interpretación más liberal-progresista de la política transatlántica puesta en ejecución por las Cortes de Cádiz. Ello no obstaba para que ofre-

ciese una visión compleja y analítica de los conflictos a que había dado lugar el choque entre el principio de unidad imperial y las posturas independentistas. Lejos de presentar la guerra ultramarina como una lucha simplista contra una turba de criollos advenedizos, Soler la evocaba como una destructiva guerra civil, en que los «ciudadanos» españoles de ambos hemisferios se habían autoinfligido un daño irreparable, movidos por pasiones e intereses que habían ocluido la posibilidad de cualquier transición (Soler, 1991 [1843]: 62). El coronel, a diferencia de la mayoría de sus coetáneos, haría valer su postura pacifista y equidistante, a partir de la cual los heroísmos y las violencias bélicas de ambos bandos eran ponderados con simetría. La causa de la independencia no se asociaba con los errores de una parte, sino con la imposibilidad de conciliar los intereses en liza en un contexto en el cual habían faltado la racionalidad y la vocación de diálogo. *Adela y Matilde* validaba tanto las ansias de unidad y pacificación de los buenos realistas como los anhelos de independencia de los buenos patriotas.

Soler, asimismo, mostraba evidentes simpatías por la idea de una independencia pactada. Se adscribía así a las teorías contrafactuales defendidas por varios intelectuales del liberalismo moderado y progresista, según las cuales los gobiernos liberales del trienio (1820-1823) podrían haber hecho posible el nacimiento de una comunidad panhispánica posimperial compuesta por una familia de monarquías constitucionales hispánicas (Alcalá Galiano, 1846: 160-161; Aurrecoechea, 1846: 17-19; Pacheco, 1841: 86-87; Vadillo, 1836: 60-72). En las tertulias entre los personajes de Ponce, Escobar e Ibar, Soler dejaba en claro su visión de la emancipación como un proceso inevitable, recurriendo a las teorías de la «separación natural» de las colonias.²⁰ Sus personajes recurrían a la manida metáfora que contraponía el infantilismo colonial a la virilidad nacional para preguntarse «si estaba ya la colonia en estado de ser nación, si esta pubertad del hijo está bien marcada, o si podría ser prematura» (Soler, 1991 [1843]: 137). Los militares ficticios concluían que no había juez que pudiera determinar este asunto, en tanto que todos los partidos implicados tenían intereses contrapuestos. La novela sugería que la carencia de medios con los que había contado España para sofocar la rebelión había hecho que la mejor solución para la propia monarquía hispánica fuera la creación de tronos en América:

la América entera constituida en reinos aseguraría las coronas de Europa, que acaso vacilarían, si formando repúblicas viere el viejo mundo más ejemplos republicanos que el de los Estados Unidos del Norte. Las ideas del siglo están en oposición con los intereses de los reyes, y las doctrinas liberales se extienden con rapidez (138).

Con ello el autor establecía un criterio geopolítico, según el cual la organización en forma de repúblicas ponía a Hispanoamérica en riesgo de verse absorbida por los Estados Unidos, mientras que el principio monarquista aseguraba el vínculo con Europa y con ello la seguridad del conjunto. Soler secundaba con ello el ideal restauracionista que estuvo en la base del hispanismo moderado de la década de 1840, así como la prevención contra el expansionismo estadounidense que también fue característica del mismo (Escribano Roca y Viñuela Pérez, 2023: 193-221). La interpretación liberal, monarquista y pacifista sobre las insurrecciones ultramarinas que caracterizó la mirada del autor se sostuvo narrativamente a través del paralelismo que trazó entre la posibilidad de felicidad personal de sus protagonistas y la consecución del consenso entre las autoridades españolas y San Martín para la creación de una monarquía independiente en Perú. Esta trasposición ficcional se expresaba sin ambages en varios pasajes del relato, como cuando

²⁰ Sobre la idea de emancipación en la cultura revolucionaria del mundo hispánico: Portillo Valdés (2022).

Matilde, acosada por su familia realista para que invalidase el matrimonio secreto que había contraído con el patriota Ramón, dedicaba sus plegarias a demandar una paz que solo podría materializarse a través de la venida de un príncipe español que liderase una monarquía independiente:

Sencilla, dócil y de sentimientos generosos, creía que tan luego como se decretase la suerte de aquel suelo poniéndolo bajo la tutela de un monarca, cesarían los rencores personales, y se uniría aquella gran familia para cooperar al progreso de la nueva nación, quedando su amante libre del título de sublevado, y exento de las obligaciones de militar, para entregarse a su amor y a las tareas domésticas (Soler, 1991 [1843]: 219).

Así, Soler presentaba el momento de negociación entre el comisionado Abreu, La Serna y San Martín como el motivo transicional de su obra. La petición de los independentistas de un príncipe español, las conferencias sostenidas entre ambos bandos en Punchauca y la posterior tregua se correspondían con un momento esperanzador en las historias de los protagonistas. Estos depositaban sus anhelos de una vida en paz en compañía de los respectivos enlaces amorosos en la creación de una monarquía constitucional peruana dependiente de España. El autor expresaba su convicción de que las Cortes del trienio liberal (1820-1823) habían abierto la única vía posible para llegar a un desenlace venturoso del conflicto. El relato ponía en boca de uno de los oficiales la siguiente frase: «me atrevo a pensar que el término de esta odiosa lucha será la formación de una monarquía, que si bien separará estos vastos dominios del gobierno inmediato de la metrópoli, conservará, empero, las relaciones íntimas de la familia que sin duda producirán más ventajas que el dominio mismo» (128).

Seguramente, el novelista transmitía con estos pasajes las esperanzas que él mismo había cultivado para sí durante la conflagración. Soler aseveraba que la creación de monarquías independientes en América era la única solución a la crisis imperial consecuente con los principios del liberalismo político. En su militante constitucionalismo, la novela presentaba el proyecto propuesto por Abreu y La Serna como un verdadero progreso, que metamorfosearía a la antigua monarquía en un conjunto de Estados representativos ajustados a los cánones de la nueva era que habían abierto las revoluciones: «podrían darse razones políticas que probasen la utilidad del proyecto que hoy se trata, porque lo reclama ya el estado de las naciones, las luces del siglo, y los intereses de nuestra patria» (129). El fracaso de las negociaciones entre patriotas y realistas traía consigo un giro trágico y definitivo en la narrativa del coronel. La llegada de las órdenes de Fernando VII para combatir a los insurgentes significaba el fin de las esperanzas de paz, concordia y felicidad personal de los cuatro amantes.

Tal recreación prosística de la coyuntura independentista venía respaldada por una representación ambivalente del sistema de dominio de los españoles. Por un lado, Soler no dudó en contrastar en varias ocasiones la prosperidad que había alcanzado el virreinato peruano durante la era «colonial» con el estado de destrucción, pobreza y miseria ética en que le había sumido el conflicto secesionista (246-252). Era evidente que el coronel entendía que las guerras de independencia, lejos de significar un impulso hacia la emancipación moral, económica y política de los habitantes de América, habían comportado una evidente regresión para aquellas sociedades. Esta idea adquiriría concreción en ciertos pasajes en los cuales el autor componía un cuadro costumbrista y gratulatorio del universo hacendero y rural del Perú del Antiguo Régimen (74-76). Con tal motivo, ciertos personajes, como el abuelo de Adela, un viejo y virtuoso hacendado llamado Don

Laureano, expresaban en sus conversaciones una honda nostalgia por la paz de los tiempos virreinales:

Don Laureano e Ibar caminan engolfados en una seria conversación sobre los acontecimientos que tanto afligen al país, recordando con lastimoso entusiasmo los pasados tiempos de paz y de abundancia que ya no esperan ver en aquel rico y fértil suelo, tan envidiado en otro tiempo de los extranjeros (77-78).

Sin embargo, esta añoranza por la armonía del virreinato no se traducían en una postura reaccionaria o tradicionalista por parte del autor, que a lo largo de la novela le daba a entender al lector que el Perú español, a pesar de su estado de prosperidad y de su estabilidad, estaba abocado necesariamente al cambio y a la reforma. En opinión del novelista, la sociedad peruana se veía lastrada por una serie de fuerzas que habían oprimido a todo el imperio. En primer lugar, señalaba ciertos abusos de los gobiernos absolutistas, los cuales, alcanzando su apogeo con el rey Fernando, habían provocado constantes corruptelas en la administración y el atraso dramático de varios desarrollos científicos, comerciales y civiles que eran susceptibles de mejorar la condición de las sociedades indianas (264-265). De la novela se colegía que la independencia pactada bajo un régimen constitucional habría sido susceptible de depurar a las instituciones y de dar a luz gobiernos ilustrados y dedicados a la promoción de las libertades civiles y económicas.

Soler también denunciaba a las altas jerarquías de la iglesia indiana desde los postulados de un cristianismo reformador. Por un lado, el coronel alababa el empeño evangélico de ciertos personajes eclesiásticos como el párroco de Puquio. Por otro, las monjas del convento en que Matilde era retenida²¹ por su hermano (tras descubrir éste su casamiento secreto con Ramón) aparecían como perversas tiranas que dedicaban su tiempo a cruentas luchas por el control del poder conventual (87; 203-209). Tanto Matilde como su joven aliada en el convento, Asunción, se personaban como representantes de una religiosidad pura e inocente, enfrentada al aparato hipócrita de quienes habían «hecho odiosa nuestra santa religión» (253-254).

Otra de las culpas que Soler le achacaba a la ejecutoria de la iglesia y la corona en Perú era su tratamiento de los indígenas. El coronel predicaba un ideario asimilacionista y en buena medida despreciativo de las culturas autóctonas de los Andes. Si bien la novela se recreaba en coloristas descripciones de las sociedades indígenas, estas se debían del interés por el exotismo y la diferencia de estas comunidades, abiertamente consideradas como reliquias vivas de la barbarie incaica (76-78). Soler responsabilizaba a la iglesia y a las administraciones hispánicas de haber mantenido a los indígenas en aquel estado de minoría de edad para perpetuar su «servidumbre» a través de la profesión de un catolicismo superficial, del estímulo de su «ebriedad» y de su «ignorancia», y de la sanción implícita de su falta de moral cristiana (85-89; 143-154). El indígena de Perú aparecía como un sujeto que permanecía resiliente en su atraso y fiel a su cultura ancestral, obediente solo por temor.²² Sin embargo, los alarmados blancos de la novela avisaban de que las comunidades andinas habían incubado un odio al dominio español que estaba teniendo la ocasión de emerger con el debilitamiento que la irrupción de la guerra y la «moderna filosofía» habían supuesto para el sistema virreinal:

²¹ Aquí Soler siguió una tradición literaria consistente en narrar las penurias de una muchacha atrapada en un convento, la cual tuvo una gran importancia en las historias anticlericales de la literatura de cordel española.

²² A este respecto, el escritor reproducía las visiones raciales biologicistas que habían comenzado a proliferar en la Ilustración (Feros, 2019: 321-345).

Su falta de instrucción, y aun de recursos, los mantiene en la servidumbre, pero su voluntad unánime es sacudir el yugo de los conquistadores y despreciar los altos beneficios que de ellos han recibido, cambiando sin escrúpulos el culto del sol por el de Jesucristo, la chicha por el aguardiente, y las llamas por los burros, a pesar de ser estos dos artículos los que ellos confiesan útiles únicamente de cuantos les han traído los chapetones (79-80).

A través de este conjunto de representaciones desfavorables al sistema imperial, Soler sancionaba toda una batería de razones que justificaban el reformismo liberal y la emancipación. Esto no quería decir que el coronel se mostrase favorable a los movimientos independentistas tal y como se habían producido. Al contrario: condenó su violencia y su radicalismo repentino, acusando además a los británicos de «ayudar en su beneficio al ingrato fanatismo de estos hijos nuestros, que quieren emanciparse para quedar sin protección y a merced de cualquiera poderosos que se proponga dictarles la ley que convenga a sus intereses» (119). En este sentido, ciertos revolucionarios aparecían tan alejados del ideal transicional que proponía Soler como los propios tiranos absolutistas de la península. Con esta representación Soler asumía la visión de los sectores centristas del liberalismo moderado, que si bien celebraban el pretendido dechado de paz y estabilidad que había sido el imperio español, criticaban el inmovilismo absolutista a la hora procurar reformas modernizadoras, a la par que condenaban la pretensión revolucionaria de cambiarlo todo sin respetar las tradiciones históricas ni la fisonomía socioeconómica del mundo indiano (Comyn, 1843; Presas, 1828).

Para darle relevancia narrativa a estas ideas, el coronel compuso un universo ficcional que iba mucho más allá de los protagonistas y que, recurriendo a una profusión de personajes, era capaz de sugerir figuradamente su imaginario. Por ejemplo, el administrador de la hacienda de Don Laureano Escobar, Tadeo, de ascendencia indígena, se convertía en una caricaturización satírica del realista anclado a un pasado caduco. El personaje era caracterizado como un charlatán difícil de soportar, que evocaba constantemente los chismes y los accidentes de los tiempos pacíficos del virreinato, atrapado siempre por una nostalgia que le llevaba a añorar el esplendor cortesano y eclesiástico que había permanecido intacto durante su juventud (Soler, 1991 [1843]: 51). Frente a él, su joven hijo parecía simbolizar al sujeto popular que había sido cooptado por unas ideas democratizadoras corrosivas con la moral tradicional (161). Ambos personajes representaban extremos generacionales que huían del ideario reformista del autor, que adquiriría concreción en las figuras de los protagonistas, tanto femeninos como masculinos.

HEROÍSMO IMPERIAL, HUMANITARISMO PANHISPÁNICO Y VILLANÍA TRANSATLÁNTICA: LOS PERSONAJES

Las reflexiones sobre el sistema imperial gozaron, a pesar de todo lo expresado en el apartado anterior, de un espacio narrativo reducido en *Adela y Matilde* en comparación con los eventos bélicos, cuya reconstrucción transmitió con mayor cercanía e intimidad las experiencias cotidianas del soldado realista en Perú. Soler se aplicó a una descripción bastante minuciosa de las marchas, contramarchas y estrategias militares. Las pausas narrativas en las acciones heroicas de los realistas tenían un peso central en la trama y se convertían en un importante instrumento para la persuasión emocional del lector. El autor no estuvo solo en esta tarea. Las memorias escritas por «ayacuchos» como García Camba destacaron por el tono marcial y legitimador de sus relatos militares. Este, por ejemplo, se recreó en la descripción de la batalla de Viluma y en la evocación emocionada

de los «vivas al rey» con que los soldados realistas habían contestado al fuego enemigo (García Camba, 1846: 183-187). El militar gallego representaba con abierta complacencia sus propios actos de violencia en el campo de batalla, ofreciendo datos de los enemigos muertos, de las piezas y provisiones tomadas y de los «caudillos» capturados (García Camba, 1846: 219-239). En su biografía de Espartero José Segundo Flórez también celebró las dotes castrenses del futuro regente a partir de una representación celebratoria de su genio táctico y de sus acciones bélicas. La violencia perpetrada contra los patriotas se entendía como una escuela en la que el futuro héroe de la causa liberal española aprendía a derrotar a los enemigos y obstáculos naturales que se presentaban en su camino (Segundo Flórez, 1844: 55-66). En estas dos obras la guerra se conceptuaba como un teatro para el despliegue de la virilidad nacional y del compromiso cívico con el Estado, reproduciendo los esquemas más belicistas del militarismo romántico (Sierra Alonso, 2015: 11-25; Blanco Rodríguez, 2021: 267-290).

En este punto Soler mostró de nuevo una postura más poliédrica que la de sus coetáneos. *Adela y Matilde* trató de amalgamar la loa a los héroes militares españoles con una decidida condena de la guerra. El autor lamentaba sin demasiados ambages las violencias bélicas perpetradas por ambos bandos. Las descripciones de las batallas, si bien se recreaban en los lances épicos de Ponce, Ibar y Ramón, hacían también énfasis en la estampa terrible y sanguinaria que ofrecían los heridos de ambos bandos (Soler, 1991 [1843]: 64-65). En general, predominaba en la novela una visión trágica del quehacer militar. La guerra era caracterizada como una labor destructiva y nómada, alejada del ideal de vida del ciudadano dedicado a la producción de riqueza y a la preservación de su patrimonio. En un punto del relato, Soler empleaba la voz de Ibar para presentar la dicotomía entre el soldado y el propietario como una alegoría de la dialéctica entre la barbarie del hombre natural y la racionalidad del hombre cultivado por el arte, educado por las leyes y arraigado a un territorio a través del patriotismo (73-74). Con ello el escritor expresaba su afinidad ideológica al movimiento pacifista euroamericano, que entendía que la civilización moderna conduciría al hermanamiento moral de la humanidad y al fin de la guerra (Mazower, 2018: III-23).

Adela y Matilde también se adscribía a un modelo de sociedad ideal de carácter jeffersoniano (Máiz, 2015: 13-38). Varios de sus pasajes condenaban la vida corruptora de los grandes centros urbanos y de las cortes, reivindicando la pureza moral del propietario rural, pacífico y sedentario, en este caso encarnado en Laureano Escobar, el abuelo de Adela (Soler, 1991 [1843]: 75). Soler expresaba así que su horizonte deseado consistía en una sociedad civil de propietarios rurales mesocráticos, revelando la influencia que la ideología *settler* tenía en su cosmovisión (Veracini, 2021).

Las protagonistas femeninas también aparecían como la personificación de una domesticidad rural fomentadora de la racionalidad y de las artes. El arraigo de Adela y Matilde en la esfera doméstica les permitía permanecer ajenas a la barbarie engendrada por la guerra y construir para sus amantes un refugio de paz en el cual podían re-humanizarse. Soler contraponía la melancolía que les producía el conflicto a Ponce y Ramón con el sentimiento salvífico que les arrebatava ante la visión de las amadas (Soler, 1991 [1843]: 46-47). Así, las dos protagonistas femeninas respondían al estereotipo romántico del «ángel del hogar» y servían como vehículos emocionales de un imaginario político que asociaba la guerra y la naturaleza con la barbarie y el espacio de la casa y del jardín con la civilización.

Nada de esto obstó para que Soler construyese una etopeya laudatoria de los ayacuchos y de los militares realistas. El autor, por ejemplo, presentó al Virrey la Serna como a un general experimentado, valeroso, justo y «político», que había sido admirado por los

súbditos peruanos y por los soldados. A sus alabanzas a La Serna se unían también las dedicadas a otros «ayacuchos» como Valdés y Canterac (Soler, 1991 [1843]: 131; 265). Era evidente que el coronel deseaba pronunciarse en contra de los ataques que el moderantismo arrojaba contra el «ayacuchismo». La novela reivindicó la memoria grupal de los soldados españoles en el Perú, generando un relato aglutinador basado en la apología de la disciplina, el «valor temerario», la «adhesión a la causa» y los «conocimientos tácticos de sus jefes» (130-138). Soler empleó las escenas de las revistas militares, las fiestas ocasionales y los sufrimientos compartidos para subrayar el sentimiento de hermandad militar que había vinculado a los soldados de ultramar.

El relato personificaba en Ponce al oficial español humanitario, liberal y sensible: este aparecía en repetidas ocasiones despreciando las glorias violentas de la guerra y dando órdenes para el tratamiento caritativo del enemigo (27). Junto a las glorias castrenses y a las virtudes humanitarias, Soler incluyó la descripción de las privaciones, las enfermedades y los sufrimientos de los heridos, así como el de las dificultades generales de transporte y de subsistencia en medio de los grandiosos paisajes andinos (94-98). Los diálogos entre Ponce e Ibar, ambos capitanes realistas, eran muy concluyentes a este respecto:

No es posible que puedan formar una idea nuestros compañeros de armas en la península, de la especie de guerra que hacemos en este país; jamás podrán penetrarse de las dificultades que vencemos y de los enemigos que combatimos [...] nuestra guerra es contra un ejército reglado, disciplinado e instruido por extranjeros militares, ya mercenarios como Soulans Roulee, Bransser, y otros, ya tolerados o acaso enviados por nación como Lord Cokrani para ayudar en su beneficio al ingrato fanatismo de estos hijos nuestros, que quieren emanciparse para quedar sin protección y a merced de cualquiera poderosos que se proponga dictarles la ley que convenga a sus intereses (119).

Es posible apreciar que Soler se aplicaba a la heroización de los «ayacuchos» enfatizando cómo habían tenido que hacerle frente a la colosal geografía americana a la par que a los enemigos externos de la nación y a los malos patriotas, que se hallaban confundidos por sus quimeras radicales. La novela justificaba las derrotas que habían sufrido los realistas en virtud de estas circunstancias adversas. De hecho, el relato del coronel sostuvo que el desastre militar de Ayacucho se había debido a la precipitación de los realistas por combatir, a la rapidez de las marchas que habían precedido a la batalla y a la escasez de raciones. Soler escenificaba la decisión de emprender un combate casi imposible de ganar como una marcha estoica hacia la muerte, en la que los militares españoles se habían visto espolcados por su fidelidad y por su certeza de que era inútil prolongar el conflicto (308-313). El texto evocaba una serie de escenas patéticas que ensalzaban el modo en que los oficiales a los que el moderantismo denigraba habían combatido buscando la victoria o la muerte por la patria, sin que hubiera mediado ni remotamente un pacto con los insurgentes. La derrota había sido la consecuencia trágica de unas circunstancias imposibles (314-317).

En última instancia, la remembranza de aquel trauma que perseguía a los militares derrotados en Ayacucho ocupó un espacio discursivo de importancia en la novela, sin duda debido a la fuerte carga polémica que este episodio había cobrado a raíz de la campaña de difamación contra el esparterismo. Soler, recreando ficcionalmente el discurso de «uno de los caudillos de más fama y prestigio» antes de la batalla, sintetizó bien las grandes líneas argumentativas que trataron de presentar el desastre de Ayacucho como un verdadero martirio de los oficiales liberales y como un hito glorioso de la memoria

imperial del progresismo. La culpa no era de los heroicos militares, sino de una España metropolitana que no les había socorrido, desgarrada como lo estaba por las disputas internas:

Tiempo es ya de que abramos los ojos para recorrer en torno de este puñado de hombres, empeñados en mantener el dominio español en todo el vasto continente americano, contra el poder de las naciones más poderosas del globo, y sin la menor esperanza de auxilios por parte de la metrópoli. Extendamos, pues, la vista en millares de leguas, y veremos ejércitos y pueblos enemigos; volvámosla hacia el inmenso Océano y encontraremos ochos pabellones declaradamente contrarios. [...] La España, ocupada en intestinas disensiones, y dividida por opiniones políticas, ha descuidado por impotencia esta reconquista interesante; el monarca se ocupa en asentar su poder absoluto bajo las bases del despotismo [...] ¿Podremos nosotros, sin más auxilio que el de nuestras propias fuerzas, exterminar la rebelión en todo el continente y decir al rey: os devolvemos la América que abandonasteis al cuidado de unos pocos soldados catorce años hace? (313).

Tras la batalla de Ayacucho los protagonistas de *Adela y Matilde* veían fracasar todas sus esperanzas de vida en común y eran devorados por un bucle de violencia que parecía romper para siempre los vínculos entre los españoles de ambos hemisferios y que, además, condenaba a Perú a un futuro lúgubre, dominado por las disputas de partido, las venganzas y la reproducción interminable del trauma bélico. De acuerdo con la novela, se había perdido la oportunidad de consensuar una paz entre los españoles y sus descendientes ultramarinos (en la trama del coronel los indígenas siempre tuvieron un rol secundario). La paz hispánica posimperial que podría haber llegado se había visto frustrada por las ambiciones desmedidas de los absolutistas europeos y los demagogos americanos. Este fracaso, que en opinión de Soler condenaba a los países hispanoamericanos a un futuro negro, quedaba expresado en las palabras que el virtuoso hacendero, Don Laureano, pronunciaba ante Adela, Matilde y Ponce en su lecho de muerte, justo tras la batalla de Ayacucho:

Ya se ha terminado la dilatada lucha de la independencia, en que por catorce años se han disputado este suelo los conquistadores y sus hijos: ya se ha decidido la cuestión, por el incontestable derecho de la fuerza, árbitro supremo de la dominación del mundo; pero no penséis, pro eso, que haya terminado la guerra [...] empieza hoy la sangrienta lucha de los ambiciosos partidos. Estos hijos acostumbrados siempre a la sujeción de un padre, han roto las cadenas de la potestad paterna cuando no habían llegado a la edad madura en que es posible vivir la independencia: desencadenadas ahora las pasiones más innobles y más exaltadas, van a envolver de sangre el triunfo que han logrado, y sus autores perecerán víctimas de la negra ambición y del negro interés (324).

El desenlace se hacía aún más trágico si se tenía en cuenta el énfasis que Soler le había puesto al hermanamiento que había existido entre españoles americanos y europeos en el seno del ejército realista:

Los europeos, contrariando sus inclinaciones, sus hábitos y sus deseos, posponen los goces de la vida, y el amor de su patria a las glorias de su nación; y los americanos, despreciando sus riquezas y la esperanza de un patrimonio pingüe, proscriptos de

sus familias, y expuestos a serlo algún día de su patria, prefieren no obstante la gloria de ser españoles a las esperanzas de los goces de una independencia que ellos miran como una usurpación (132-133).

El novelista fue incluso más allá, reivindicando también el entendimiento que podrían haber alcanzado entre sí los bandos de la contienda. Para ello Soler recurrió a las relaciones que establecían sus protagonistas. Tanto los españoles realistas Ibar y Ponce, como el patriota americano Ramón, encarnaban en la novela el ideal de jóvenes soldados de corazón «noble y sencillo» que, a través del amor a sus parejas y de la amistad mutua, se distanciaban de las respectivas militancias bélicas para entregarse a un humanismo que, ante todo, se basaba en un anhelo de reconciliación universal (42). El personaje de Ramón Escobar, que luchaba en el regimiento de cazadores del ejército de San Martín, aparecía, de hecho, dignificado en su condición de patriota. Se trataba de un sujeto cuya militancia en pro de la emancipación se interpretaba como la consecuencia de un profundo convencimiento en que esta mejoraría el destino de su país. Escobar solo era capaz de dejar de lado su implicación con la causa cuando, tras capturarlo en la batalla de Ica, Ponce e Ibar le daban la libertad. Tras esto se comprometía a través de un juramento a no participar de la contienda (46-47).

Al anteponer el honor personal y el afecto a su familia y amigos al proyecto de la independencia, Ramón demostraba que su voluntad no se plegaba a delirios filosóficos, sino a un franco deseo de alcanzar un futuro mejor para los suyos. El amor romántico y fraterno, como ideal abstracto concretado en las relaciones interpersonales de los protagonistas, se postulaba a lo largo de la novela como el único horizonte salvífico posible ante los desastres de la guerra (96). De hecho, en varias ocasiones Soler se detenía en defender que todos los contendientes directos en el conflicto, fueran del bando que fueran, debían tenerse por víctimas.

Soler articulaba una retórica nostálgica de la reconciliación, en la cual los personajes femeninos cumplían un rol esencial, como ya permitía adivinar el título de la obra. Tanto Adela como Matilde se presentaban como «un bosquejo mal trazado» de todas las «peruanas», a las que el militar dedicaba el libro (21). Las dos heroínas personificaban los anhelos de paz y concordia entre los bandos del conflicto. Soler se recreaba en el tópico romántico de presentar a dos mujeres jóvenes, fuertemente emocionales e inocentes. Los dos estaban dominadas por pasiones que se resumían en la profesión de un amor sincero y virtuoso por Ponce y por Ramón, el cual las elevaba por encima de los odios generados por el cisma imperial (33).

El escritor destacaba repetidamente «la generosidad, el afecto, la sensibilidad y la ternura que resplandecen en las peruanas» (39). Tanto Adela como Matilde se personaban en varios pasajes realizando plegarias por la conservación de las «vidas preciosas» de uno y otro ejército y mostrándose comprometidas con el principio de la reconciliación por encima de las respectivas «causas» realistas o patriotas (38; 102). Así, Adela le rogaba a su abuelo, Don Laureano, que no lastimasen ni siquiera a los «cholos desertores» que robaban ganado (50). Matilde, cuando su padre, furioso realista, le preguntaba de qué bando era el soldado herido (Ramón) al que estaba socorriendo, contestaba: «no he tratado de averiguarlo [...] tengo entendido que con cualquier desgraciado debe ejercerse la humanidad [...] porque es nuestro semejante, sin mirar la nación de que él sea, ni el partido que siga» (102).

La propia amistad que terminaban por sostener Adela y Matilde se presentaba como el símbolo por antonomasia de la reconciliación panhispánica.²³ El novelista describía una

²³ Otros excelentes trabajos han comenzado a explorar la representación de la mujer en ficciones y discursos ensayísticos hispanistas: (Irisarri Gutiérrez, 2021: 59-71; Viguera Ruiz, 2021).

escena en la cual estas se habían jurado amor y unión eternos, acordando vestirse siempre con las mismas prendas y renunciando a las fajas rojigualdas y albicelestes que estaban de moda para distinguir a las mujeres de cada partido (186-187). La feminización de la paz, la racionalidad y el sentimiento de pertenencia hispánica cobraba así una importancia estructural en la ficción histórica del coronel.

El alegato literario del autor en torno a las posibilidades de reconciliación posimperial precisó, sea como fuere, de la identificación de los enemigos de la causa de la concordia hispánica. Soler lanzaba numerosos reproches por la falta de tropas enviadas desde la península por la corona. En una nueva soflama pro-ayacucho, alegaba que al ejército lo habían sostenido decididamente «siete u ocho generales» sin recibir apoyo de la «madre patria», que se había visto distraída por la sublevación de toda la América española y que le había dado prioridad a México y Buenos Aires (122). El coronel, adoptando como propia la narrativa maestra de los liberales, culpó a las administraciones corruptas del absolutismo y al rey Fernando del enquistamiento del conflicto (201). A través de un diálogo del capitán Ibar, el novelista denunciaba que Fernando VII hubiese tenido la voluntad de sacrificar hasta el último soldado y buque disponible para no aparecer ante Dios y la Historia como el «enajenador de las Américas». La demencia regia había sido, según su parecer, uno de los factores determinantes de que no se llevase a buen término la reconciliación de sus súbditos. La obsesión por la unidad territorial de la Monarquía se presentaba como el delirio de un rey que no tenía ni hacienda, ni finanzas, ni marina para conservar el dominio que le habían legado sus antepasados (176-179). La novela reflejaba cómo los militares españoles se habían sobrepuesto a esta circunstancia adversa a través del patriotismo y gracias a los recursos de los numerosos fieles realistas de Perú, que, con sus sacrificios, se habían convertido en las víctimas del mismo soberano al que defendían (39-40).

Si Soler era rotundo en sus demonizaciones de Fernando VII, no lo era ni remotamente, como explicamos en el apartado anterior, en su representación del bando patriota. De hecho, el coronel prevenía al lector de que no pretendía convertir su historia en una crónica complaciente de las «crueldades» de los independentistas peruanos y recordaba que los atropellos habían llegado por ambos lados en el transcurso de la guerra. Afirmaba que, a pesar de su «justo resentimiento», los americanos no habían incurrido en ningún vejamen contra los españoles tras la derrota en Ayacucho, sino que habían desbordado «afecto y franca hospitalidad» (20-22). Soler metaforizaba estas ideas en la familia patriota que formaban Ramón, Adela y Don Laureano, que era simpática a la consecución de una independencia pactada, pero que había desplegado durante el conflicto la humanidad y el ánimo conciliador de los buenos peruanos y españoles.

Es más, los antagonistas más importantes del relato de Soler personificaban a los «malos realistas» que habían alienado la fidelidad de los americanos. Era el caso del personaje del comandante español don Narciso Godínez. Este, enamorado de Adela, trataba de interponerse en su relación con Ponce y para ello no dudaba en calumniarle ante la joven, acusándole de trasnochar con otras «queridas». Soler caracterizaba a Narciso como el exponente por antonomasia del mal soldado imperial: «aquellos militares que desconociendo la política y las consideraciones que merecen los ciudadanos, hacen consistir la excelencia de la profesión en ser duros e insolentes con los paisanos» (53). Con todo, Narciso Godínez palidecía ante la perversidad de los principales villanos del relato: la familia de Matilde. Su padre y su hermano eran representados como vehementes realistas que, en sus militancias furibundas, habían deseado prohibir el auxilio que Matilde le ofrecía a un Ramón Escobar herido de muerte (103). Soler empleaba a estos personajes «fanáticos y crueles» para recordar que:

las opiniones políticas y el espíritu de partido, no están en oposición con los sentimientos nobles y generosos que inspiran las virtudes. La conducta de muchos españoles europeos que se parecen al autor de la repugnante escena de que hablamos [el padre de Matilde] es la mayor razón del encono y obstinación con que los americanos defienden y anhelan la independencia (104-105).

Sin embargo, las acciones de los villanos no se detenían con esto. Tras Ayacucho se producía la hipócrita conversión de Marcelino Estella, el hermano de Matilde, en un convencido patriota que, además, defendía la expulsión de los españoles del territorio peruano. El rol destructivo del personaje, encarnación de los sujetos partidistas y fanáticos que desde ambos bandos habían llevado a la ruina al país y a la Monarquía, llegaba a su culmen cuando este asesinaba a Ponce, dejando a Adela y Matilde definitivamente solas, puesto que Ramón había sido ejecutado por otro realista entregado a la traición: el general Olañeta. Las muertes sucesivas de Ramón Escobar y de Antonio Ponce dejaban tras de sí la imagen final de Adela y Matilde observando las sepulturas de sus dos amantes, víctimas europeas y americanas de aquel terrible fratricidio entre españoles:

nada queda en el mundo a las desgraciadas huérfanas. La memoria atormentadora les presenta a la vista los ensangrentados cadáveres de sus esposos y el amarillo rostro de su moribundo abuelo. Llanto y luto es la herencia delegada por la mano de los asesinos (326-328).

CONCLUSIONES

El último párrafo de *Adela y Matilde* describía los sepulcros de Ponce y Escobar que sus enamoradas habían colocado en el jardín. Un español y un peruano yacían víctimas de la «negra mano de la discordia» (Soler, 1991 [1843]: 328). La escena que le daba cierre a la novela era trágica y debe interpretarse como un lamento nostálgico por el violento colapso del virreinato de Perú y por el extrañamiento de las que Soler consideraba las ramas americana y europea de una misma comunidad hispánica. La independencia se había visto finalmente presidida por la guerra, el fratricidio, el oportunismo privado y la sinrazón política —ya fuera en su vertiente absolutista o revolucionaria—. El autor, combinando elementos de los idearios del liberalismo progresista y moderado, consideraba que la emancipación, si bien había sido inevitable y deseable, debiera haberse regido por el pactismo constitucional, la negociación y el reformismo gradualista, todo ello sazonado con el cultivo de un sentido común de pertenencia panhispánica.

Ahora bien, no debemos interpretar el lúgubre final de la novela como un mensaje derrotista. Si se tiene en cuenta el contexto argumentativo al que fue arrojada, es fácil deducir que Soler pretendía exhortar a sus lectores a fundamentar la reconexión posimperial con los países hispanoamericanos en las lecciones que habían dejado las heridas bélicas de las décadas previas.

Adela y Matilde se postulaba como un instrumento simbólico para sanar el trauma de los conflictos independentistas por medio de un diagnóstico histórico ejemplarizante. El autor se amparaba en el poder descriptivo y analítico de la novela histórica. También en la autoridad epistemológica que, según sus propias insinuaciones, le confería el poso autobiográfico que impregnaba su relato. Lo interesante es que esta pieza de literatura romántica participaba en todos los grandes ejes del debate político-ideológico en torno a las causas y consecuencias de las emancipaciones hispanoamericanas. Y lo hacía, además, desde una densidad argumentativa nada desdeñable. La ficción elaborada por el coronel

se constituía en un verdadero repertorio de ideas políticas. Su principal objetivo en tal sentido fue defender una versión liberal y humanitaria del panhispanismo. El escritor no cifraba la unidad de los pueblos de habla española otrora pertenecientes al imperio en la continuidad estanca de las tradiciones de Antiguo Régimen. Tampoco basaba su llamada a la reconexión en un racismo biologicista. Por el contrario, Soler entendía que la afinidad de costumbres legada por la cultura imperial debía amalgamarse con los valores y principios progresivos y universales del humanitarismo moderno.

Los personajes de Adela y Matilde eran los que mejor encapsulaban dichos valores, con su piedad racional, su domesticidad civilizada, su capacidad empática y su negativa a dejarse vencer por las divisiones artificiosas que la guerra y la revolución querían imponerles a los habitantes del imperio. El panhispanismo de Soler exhibía así un rostro femenino, en tanto que fundamentaba sus códigos morales y emocionales en una arquetipación romántica de las predisposiciones político-sociales y psicológicas de las mujeres hispano-peruanas.

Por su parte, Ramón, Ponce e Ibar simbolizaban a una juventud española e hispano-americana que, merced a sus virtudes éticas, castrenses e intelectuales, estaba destinada a edificar un mundo hispánico posimperial organizado en Estados constitucionales prósperos, pacíficos, libres y unidos entre sí. Tal caracterización se constituyó en una defensa explícita del honor y del estatus político-militar de los «ayacuchos» y de los veteranos realistas de las guerras de Perú. Con esto Soler no solo reivindicaba su propia figura, sino que sostenía la causa esparterista frente a sus detractores del Partido Moderado. El autor culpaba del fin abrupto que había tenido el sistema virreinal al absolutismo, el radicalismo revolucionario, el españolismo vehemente y el egoísmo.

La novela no se contentaba con la construcción y el sostenimiento de identificaciones corporativas y partidistas, sino que reflexionaba sobre el recetario político que podía forjar una comunidad panhispánica. La felicidad de sus protagonistas quedaba asociada a la posibilidad de negociar independencias pactadas, que convirtieran el imperio en una alianza de monarquías constitucionales unidas por vínculos dinásticos e históricos, así como por una cultura política liberal y reformista. La añoranza de esta posibilidad perdida debiera interpretarse, sin embargo, como un alegato prospectivo, mediante el cual Soler proponía una política de cooperación y concordia con los Estados hispanoamericanos de la década de 1840. *Adela y Matilde*, como se ha podido apreciar, se situó en un espacio liminal entre la memoria autobiográfica, la literatura y la historiografía. Ello con el fin de socializar una visión ético-política refinada de las dinámicas que habían comportado el declive del mundo hispánico contemporáneo y de aquellas otras que tenían el potencial de corregir su rumbo.

REFERENCIAS

- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1845), *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la reina doña Isabel II*, vol. v, Madrid, Imprenta de la sociedad literaria y tipográfica.
- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1846), *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la reina doña Isabel II*, vol. VII, Madrid, Imprenta de la sociedad literaria y tipográfica.
- ALMARZA VILLALOBOS, Ángel Rafael y Marco Antonio LANDAVAZO ARIAS (2021), *Imaginando las independencias hispanoamericanas: memorias, relatos e historias, 1810-1840*, Madrid, Sílex.
- ALMEIDA, Joselyn M. (2016), *Reimagining the Transatlantic, 1780-1890*, London, Routledge.
- ALONSO, Cecilio Nicolás (2015), *Hacia una literatura nacional, 1800-1900: historia de la literatura española 5*, Barcelona, Editorial Crítica.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (2015), *Mater Dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.

- ANDREU MIRALLES, Xavier (2016), *El descubrimiento de España: Mito romántico e identidad nacional*, Barcelona, Taurus.
- ARGÜELLES, Agustín (1835), *Exámen histórico de la reforma constitucional que hicieron las Cortes generales y extraordinarias desde que se instalaron en la isla de León... hasta q. cerraron su Cádiz sus sesiones*, vol. I, Londres, Imp. Carlos Woods e hijo.
- AURRECOECHEA, José María de (1846), *Historia sucinta é imparcial de la marcha que ha seguido en sus convulsiones políticas la América española hasta declararse independiente de su antigua metrópoli*, Madrid, Imprenta a cargo de D. Juan Rebollo.
- BAHAMONDE, Angel y Jesús MARTÍNEZ (2015), *Historia de España en el siglo XIX*, Madrid, Cátedra.
- BLANCO RODRÍGUEZ, Elia (2021), «La historia de las masculinidades en la España decimonónica: el surgimiento de un nuevo campo historiográfico», *Revista de historiografía (RevHisto)*, vol. 35, pp. 267-290. <https://doi.org/10.20318/revhisto.2021.5768>.
- BOYD, Carolyn P. (2000), *Historia patria: política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975*, Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor.
- CHAO, Eduardo y Juan de MARIANA (1851), *Historia General de España. La compuesta, enmendada y añadida por el Padre Mariana, con la continuación de Miniana; completada con todos los sucesos que comprenden el escrito clásico sobre el Reinado de Carlos III, por el Conde de Floridablanca, la Historia de su levantamiento, guerra y revolución, por el Conde de Toreno, y la de nuestros días por Eduardo Chao*, vol. V, Madrid, Imprenta y librería de Gaspar y Roig.
- COMYN, Tomás de (1843), *Apuntes de un viajero o Cartas familiares escritas durante la insurrección del Reino de Méjico en 1811, 12, 13 y 14*, Madrid, Imprenta de Don Miguel de Burgos.
- COSTELOE, Michael P. (2011), *La respuesta a la independencia: la España imperial y las revoluciones hispanoamericanas, 1810-1840*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica.
- CUÑO BONITO, Justo (2024), *Ayacucho: La última batalla de la independencia americana*, Barcelona, Los Libros de la Catarata.
- DD. AA. (1991), «José Ramón Rodil y Campillo», en *Enciclopedia de Historia de España*, IV, p. 737, Madrid, Alianza Editorial.
- DÍAZ MARÍN, Pedro (2015), *La monarquía tutelada: El progresismo durante la regencia de Espartero (1840-1843)*, Alicante, Servicio de Publicaciones Universidad de Alicante.
- DICCIONARIO BIOGRÁFICO ESPAÑOL (2008), «Antonio Seoane Hoyos» en *Diccionario Biográfico Real Academia de la Historia*, Madrid, Real Academia de la Historia.
- ERLL, Astrid (2012), *Memoria colectiva y culturas del recuerdo: estudio introductorio*. Santiago de Chile, Universidad de los Andes.
- ESCRIBANO ROCA, Rodrigo (2022), *Memorias del Viejo Imperio: Hispanoamérica en las culturas políticas de España y Reino Unido (1824-ca. 1850)*, Madrid, Marcial Pons.
- ESCRIBANO ROCA, Rodrigo y Pablo GUERRERO OÑATE (2022), «Navalismo y panhispanismo como horizontes de regeneración imperial en España (1814-1862)», *Anuario de estudios americanos*, vol. 79 (1), pp. 205-238.
- ESCRIBANO ROCA, Rodrigo y Pablo GUERRERO OÑATE (2023) «Diplomacia de las cañoneras a la española. Los orígenes de la Escuadra del Pacífico (1833-1863)», *Illes i imperis*, nº 25 (diciembre), 209-238. <https://doi.org/10.31009/illesimperis.2023.i25.10>.
- ESCRIBANO ROCA, Rodrigo y Rebeca VIÑUELA PÉREZ (2023), «Teatro de desorden perenne. Hispanoamérica en los imaginarios antirrepublicanos del moderantismo español (1834-1854)», *Ayer*, vol. 130 (2), pp. 193-221. <https://doi.org/10.55509/ayer/1273>.
- ESCRIBANO ROCA, Rodrigo y Rebeca VIÑUELA PÉREZ (2024), «Esquelas transatlánticas. El mito de Bolívar en las culturas políticas de la Monarquía española (1824-1850)», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, vol. 39 (114), pp. 7-40. <https://www.revistaaportes.com/index.php/aportes/article/view/826>.

- FEROS, Antonio (2019), *Antes de España: Nación y raza en el mundo hispánico, 1450-1820*, Madrid, Marcial Pons.
- FERRÚS ANTÓN, Beatriz (2004), «Destinos de mujer. Tres novelas románticas de Gertrudis Gómez de Avellaneda», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, vol. 12, pp. 3-15.
- FLITTER, Derek (2006), *Spanish romanticism and the uses of history: ideology and the historical imagination*, London, Modern Humanities Research Association and Maney Publishing.
- FRASQUET MIGUEL, Ivana (2023), «España en la encrucijada. Políticas y negociaciones ante las independencias hispanoamericanas durante el Trienio Liberal», *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, vol. 27, pp. 31-54.
- FRASQUET MIGUEL, Ivana (2024) «El último adiós». Memoria y emociones en el liberalismo español ante el reconocimiento de las independencias hispanoamericanas (1833-1836)», *Rubrica Contemporanea*, vol. 13 (27), pp. 25-44. <https://doi.org/10.5565/rev/rubrica.406>.
- GARCÍA CAMBA, Andrés (1844), *Juicio de residencia del General Camba por los diez y seis meses que gobernó las Islas Filipinas*, Madrid, Imprenta y Fundicion de D. E. Aguado.
- GARCÍA CAMBA, Andrés (1846), *Memorias para la historia de las armas españolas en el Peru*, vol. 1, Madrid, Sociedad tipografica de Hortelano y compañía.
- GORDON, Peter E. (2014), «Contextualism and Criticism in the History of Ideas», en Darrin M McMahon y Samuel Moyn, *Rethinking Modern European Intellectual History*, Oxford, Oxford University Press, pp. 33-55.
- IRISARRI GUTIÉRREZ, Raquel (2021), «La construcción de la identidad femenina en La América (1857-1863)», *Hispanófila*, vol. 191, pp. 59-71.
- IRISARRI GUTIÉRREZ, Raquel (2023) «Miradas cruzadas: la construcción de identidades nacionales en La América (Madrid, 1857-1863). Un estudio de caso», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, vol. 29 (octubre), pp. 169-185. https://doi.org/10.25267/Cuad_Ilus_romant.2023.129.11.
- JABLONKA, Ivan (2016), *La historia es una literatura contemporánea: manifiesto por las ciencias sociales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- KINGSTONE, Helen (2017), *Victorian Narratives of the Recent Past: Memory, History, Fiction*, Los Angeles, Calif., Palgrave.
- MÁIZ, Ramón (2015), «Naturaleza, nación y república federal: el excepcionalismo norteamericano de Thomas Jefferson», *Revista de Estudios Políticos*, vol. 162, pp. 13-38.
- MALAMUD, Carlos (2012), «El reconocimiento español de las repúblicas latinoamericanas: el fin del “estado de incomunicación” entre las partes», en Carlos Malamud y Cristóbal Aljovín de Losada (eds.), *Ruptura y reconciliación: España y el reconocimiento de las independencias latinoamericanas*, Madrid, Santillana, pp. 15-36.
- MARCILHACY, David (2016), «Las figuras de la “Raza”: de la España Mayor a la Comunidad Iberoamericana, perspectivas (post)imperiales en el imaginario español», *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, vol. 35, pp. 145-174.
- MARTÍNEZ DE LA ROSA, Francisco (1851), *Espíritu del siglo*, Madrid, Imprenta de Don Agustín Espinosa y Compañía.
- MARTÍNEZ RIAZA, Ascensión (2019), «“El retorno de los vencidos”. Los Ayacuchos se justifican (1824-1833)», en Víctor Peralta Ruiz y Dionisio de Haro Romero, *España en Perú (1796-1824): Ensayos sobre los últimos gobiernos virreinales*, Madrid, Marcial Pons, pp. 188-2014.
- MAZOWER, Mark (2018), *Gobernar el mundo: historia de una idea desde 1815*, Valencia, Barín Libros.
- MÉNDEZ DE VIGO, Pedro (1835), *España y América en progreso*, Reimp. y Aum., París, Imprenta de H. Fournier.
- MORENO ALMENDRAL, Raúl (2021), *Relatos de vida, conceptos de nación: Reino Unido, Francia, España y Portugal (1780-1840)*, Valencia, Universitat de València.
- MORENO ALONSO, Manuel (1979), *Historiografía romántica española: introducción al estudio de la historia en el siglo XIX*, Sevilla, Universidad, Servicio de Publicaciones.

- MORENO ALONSO, Manuel (2006), «Los “Ayacuchos”», en Mariano José Corpas Rojo y José Luis Molinero Naazo, *La Era Isabelina y la Revolución (1843-1875)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 165-215.
- PACHECO, Joaquín Francisco (1841), *Historia de la regencia de la Reina Cristina*, vol. I, Madrid, Imprenta de D. Fernando Suárez.
- PEDRAZA JIMÉNEZ, Felipe y Milagros RODRÍGUEZ CÁCERES (1982), *Manual de literatura española: Época romántica*, Vol. 6, Barcelona, Cenlit.
- PÉREZ NÚÑEZ, Javier (2016), «Los ayacuchos. Militares y políticos en el trienio esparterista», en Pilar Toboso Sánchez, *Redes, alianzas y grupos de poder en el mundo atlántico*, Barcelona, Editorial Síntesis, pp. 33-45.
- PÉREZ NÚÑEZ, Javier (2017) «Los amigos de Espartero: La construcción de la red de los ayacuchos», *Ayer*, 105, pp. 77-102.
- PIQUERAS ARENAS, José Antonio (2009), «La vida política entre 1780 y 1878» en Consuelo Naranjo Orovio (ed.), *Historia de Cuba*, Madrid, csic, Doce Calles, pp. 273-302.
- PORTILLO VALDÉS, José María (2022), *Una historia atlántica de los orígenes de la nación y el Estado: España y las Españas en el siglo XIX*, Madrid, Alianza Editorial.
- POZA, Milagros (2002), *Mujer, revolución y romanticismo en España, 1775-1870*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia.
- PRESAS, José (1828), *Juicio imparcial sobre las principales causas de la revolución de la América española, y acerca de las poderosas razones que tiene la metrópoli para reconocer su absoluta independencia*, Burdeos, Imprenta de Dn. Pedro Beaume.
- QUEIPO DE LLANO, José María (1835), *Historia del levantamiento, Guerra y Revolución de España*, vol. IV, Madrid, Imp. de Don Tomás Jordán.
- QUINTERO, Inés (1996), «España frente a Ayacucho: visiones de la derrota», en Josefina Bernal, *Insurgencia y revolución: Antonio José de Sucre y la independencia de los pueblos de América*, Universidad Internacional de Andalucía, Sede Iberoamericana de La Rábida, pp. 101-127.
- RODIL, José Ramón (1838), *Manifiesto y Causa del Teniente Jeneral Marqués de Rodil: documentos importantes á la época contemporánea publicados por él mismo*, Madrid, V. Hernando.
- RODRÍGUEZ TAPIA, Andrea (2018), «España sin América. Política y diplomacia frente a la secesión de los territorios americanos, 1823-1833», Tesis Doctoral, México, Colegio de México, UNAM.
- SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín y Marco Antonio LANDAVAZO ARIAS (2021), *Conflicto y reconciliación: España y las naciones hispanoamericanas en el siglo XIX*, Madrid, Marcial Pons.
- SÁNCHEZ, Juan Luis (2012), «Romanticism and the transatlantic imagination: Blanco White, Keats, and the Liberal», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 18, pp. 127-144. https://doi.org/10.25267/Cuad_Ilus_Romant.2012.118.06.
- SEGUNDO FLÓREZ, José (1844), *Espartero: Historia de su vida militar y política y de los grandes sucesos contemporáneos*, Madrid, W. Ayguals de Izco.
- SHUBERT, Adrian (2018), *Espartero, el Pacificador*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- SIERRA ALONSO, María (2015), «Entre emociones y política: la historia cruzada de la virilidad romántica», *Rubrica contemporánea*, vol. 4 (7), pp. 11-25.
- SKINNER, Quentin (2007), «Interpretación y comprensión en los actos del habla», en Rafael del Águila y Enrique Bocado Crespo, *El Giro contextual: cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios*, Madrid, Tecnos, pp. 127-156.
- SOLER, Ramón (1843), «Folletín. Adela y Matilde. O los cinco últimos años de guerra en el Perú. Novela histórica original», *Boletín del Ejército. Periódico militar oficial*, 15 de agosto de 1843.
- SOLER, Ramón (1991), *Adela y Matilde o Los últimos cinco años de la dominación española en el Perú*, Sabadellm Caballo-Dragón. Editado por María Pilar Gomis Martí y José Benjamín González Nebot.

-
- TERNAVASIO, Marcela (2021), *Los juegos de la política*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- TORRENTE, Mariano (1829), *Historia de la Revolución Hispano-Americana*, vol. I, Madrid, Imprenta de D. Leon Amarita.
- VADILLO, José Manuel (1830), *Apuntes sobre los principales sucesos que han influido en el actual estado de la América del Sud*. 2ª ed., corr. y aum., Paris, Imprenta de Demonville.
- VADILLO, José Manuel (1836), *Apuntes sobre los principales sucesos que han influido en el actual estado de la América del Sud*. 3ª ed., Cádiz, Librería de Feros.
- VALLE SANTORO, Francisco de Gregorio (1832), *Examen filosófico de la revolución americana*, Madrid, Imprenta de Verges.
- VAN AKEN, Mark J (1959), *Pan-Hispanism: Its Origin and Development to 1866*, Berkeley [Calif.], University of California Press.
- VÉLEZ, Palmira (2007), *La historiografía americanista en España, 1755-1936*, Madrid – Frankfurt am Main, Iberoamericana – Vervuert.
- VERACINI, Lorenzo (2021), *The World Turned Inside Out: Settler Colonialism as a Political Idea*, London, Verso Books.
- VIGUERA RUIZ, Rebeca (2021), «Imágenes e identidades transnacionales en la prensa del siglo XIX. España y México en las páginas de *La América* (1857-1863)», *Nuevo mundo, mundos nuevos*, vol. 21, pp. 7-28.

